

EDUCAR EN LA SOLIDARIDAD

Gerardo Cordero

Introducción

La dinámica con que los procesos globalizadores de las economías mundiales y la fuerza con que la mundialización cultural se ha venido imponiendo en casi todas las regiones del planeta, han situado, a los países, tradicionalmente periféricos o tercermundistas, en un escenario económico, social y educativo de evidente desventaja. Los datos de una distribución económica inequitativa y el incesante incremento de la exclusión social de grandes grupos de personas en estas regiones, patentiza la enorme brecha que se está ensanchando en términos de desarrollo humano y por lo mismo, del ejercicio de los Derechos Humanos mínimos. Para muestra este dato: el 20% de la población mundial disfruta del 80% de la riqueza presente, mientras que el 80% de la misma población sólo tiene acceso al restante 20% de los recursos del planeta. Por otro lado, la imposición de una cultura mundial uniforme amenaza con una progresiva desaparición

de muchas formas culturales regionales y nacionales. ¿Qué hacer ante este impacto que tiende a fortalecerse cada vez más?. ¿Cómo defender la cultura local sin dejar de estar en la cultura mundial?. ¿Cómo minimizar el efecto de exclusión social de nuestros países?. ¿Cómo aprovechar las oportunidades que el fenómeno de la globalización ofrece para conjurar sus consecuencias negativas?. 'Las respuestas a estas inquietudes son múltiples. En este breve ensayo, voy a darle un tratamiento al tema de la solidaridad apoyado en algunos principios cristianos y con ello, espero sugerir un camino que puede ser una salida sabia y sensata a la deshumanización que se deriva de la aplicación indiscriminada de las políticas neoliberales.

“Desde la promulgación del Evangelio —escribe T. de Chardin— podía creerse que el Hombre había encontrado por fin una expresión definitiva y exhaustiva de rectitud interior y por consiguiente, de salvación. “Amaos los unos a los otros. En este precepto parecía culminar para siempre y resumirse todo lo fundamental de la moral. Ahora bien, hoy, después de veinte siglos de esperanza, parece que la fórmula evangélica no ha dado nada. Pasan los años y no solamente la Humanidad parece seguir dividida entre sí, sino que un nuevo ideal, le da la fuerza conquistadora, no ha cesado desde hace dos generaciones de crecer y de volverse, cada vez más fácilmente, frente a las doctrinas de la dulzura y humanidad. ¿Acaso estamos asistiendo a la quiebra de la Caridad?”¹.

Tres son los temas que se van a presentar en este ensayo: la cuestión terminológica: ¿la expresión solidaridad es

1. T de Chardin. *El Atomismo del Espíritu en la Activación de la Energía*, Taurus Ediciones S.A., 1967, págs. 56-57.

sinónima de caridad o connota algunos elementos nuevos?; la cuestión de la fundamentación ética de la solidaridad y la cuestión pedagógica de la vivencia de la solidaridad.

1. La solidaridad, ¿nueva expresión de la caridad o simple moda lexicológica?

Seguimos en este punto los conceptos centrales de un trabajo del P. Mario Peresson. Afirma el citado autor que las palabras son como los organismos, es decir, nacen, se desarrollan y perecen. Así, las palabras no son simplemente un conjunto fonético, cuyo significado se encuentra congelado en los diccionarios, sino que son seres vivos, hechos culturales, realidades históricas. Toda palabra pertenece y se define, por tanto, en el contexto dinámico de una determinada cultura, en una acción interactiva e innovadora constante del pensamiento consigo mismo y con la realidad social y natural. Es, por ello, que las mismas son susceptibles de precisión, modificación, renovación y eventualmente, pérdida de sus significados originales. La palabra libertad, por ejemplo, tiene un significado distinto si se le entiende desde autores que defienden estructuras políticas socialistas que desde aquellos que la respaldan al interior del pensamiento político y económico liberal. Las palabras, en suma, necesitan examen y seguimiento de su proceso histórico con el fin de hacer posible el diálogo productivo y beneficiarse de su riqueza connotativa. La palabra caridad, igualmente, ha conocido muchas transformaciones a lo largo de la historia. Ha expresado el corazón mismo del Evangelio, el mayor amor de Cristo Jesús, que lo llevó a dar su vida por nosotros, pero también se ha desvirtuado manifestando actitudes y acciones paternalistas de la limosna y la beneficencia evadiendo las exigencias más fundamentales de la justicia. En efecto, la palabra caridad ha sido identificada y asociada con la práctica

de dar una limosna o una donación. Esta actitud no es, por supuesto, del todo vituperable; el ejercicio de dar limosna o entregar una donación implica un desprendimiento personal o colectivo en función del deseo de aliviar distintas clases de penurias. De todos es conocido que en situaciones de extrema emergencia, a raíz de fenómenos naturales destructivos, naciones y personas contribuyen, de múltiples formas, a mitigar el sufrimiento humano que se ha producido. Aquí se exhibe, sin duda, un tipo de caridad muy cercana a la solidaridad. Esta es una acción, moralmente encomiable, siempre que se haga con desinterés. Para una gran mayoría de personas, sin embargo, la caridad se agota en estas prácticas de beneficencia con lo cual se enmascara el reto de la injusticia y los derechos humanos fundamentales. Así, la práctica de la caridad, en esta significación, puede llegar a ser un elemento coadyuvante de las diferentes situaciones de injusticia. Con el término solidaridad se busca, pues, subsanar esta debilidad histórica del concepto de caridad. Según Peresson, el primer pensador en utilizar la palabra solidaridad fue Pierre Leroux (1797-1871). Este autor hace una defensa de la Humanidad cuando critica la idea de la caridad cristiana en la medida que el amor a Dios debe compenetrarse con tal intensidad de entrega que se abandona a los semejantes o bien se les ama, no por ellos mismos, sino en función de la divinidad. Por eso, Leroux propone la sustitución de la religión cristiana por la Humanidad cuyo elemento aglutinante no es la caridad cristiana sino la solidaridad. El defecto de la palabra caridad estriba, en el sentido de Leroux, en que deja a todos los seres humanos en segundo plano debajo siempre de Dios; mientras que la solidaridad apunta la igualdad de todos los seres humanos manifestada en el apoyo de unos y otros sin necesidad de echar mano de la divinidad. Más adelante, León Bourgeois (1851-1925) desarrolla la doctrina política conocida como solidarismo, que

busca aprovechar la unión de las fuerzas de los miembros de una sociedad para ampliar y mejorar sus condiciones de vida. Las diferentes asociaciones solidaristas costarricenses, así, tienen su origen en estas aspiraciones políticas. La idea central de la solidaridad, según estos autores, es la de fortalecer los lazos de unión laboral y social de sus asociados para disminuir los grados de injusticia y romper, de ese modo, con la tesis de circunscribir la caridad a la buena voluntad de cada quien. La palabra solidaridad nace, entonces, en un medio no cristiano. Al interior de la Iglesia los teólogos iniciaron una reflexión que en muchos casos concluyó con la afirmación de que la solidaridad era una forma degradada de la caridad cristiana. A pesar de esta posición, la expresión solidaridad comenzó a imponerse en los escritos oficiales de la Iglesia a partir del documento *Gaudiun et Spes* (1964) del Concilio Vaticano II. Ni el Papa Juan XXIII, ni Paulo VI, ni Juan Pablo I, profundizaron, el significado de este concepto. No es sino Juan Pablo II quien la utiliza con más frecuencia y la asocia con temas de orden teológico y social, por ejemplo, la idea de la comunidad de amor, la opción preferencial por los pobres, el desarrollo humano con justicia social, la convivencia de las diferentes culturas, etc.

Algunos han especulado en el sentido que el Papa Juan Pablo II le ha dedicado mucho análisis a este concepto en honor al sindicato polaco Solidaridad que inició el resquebrajamiento del bloque socialista oriental en Europa. Tales disquisiciones no parecen tener un sólido fundamento; pero la cercanía del Papa con este movimiento sindical, da alguna mínima base a las mismas. En el documento post sinodal "La Iglesia en América", Juan Pablo II refuerza su familiaridad con esta palabra, no sólo al reiterarla muchas veces, sino al dedicarle el capítulo V en forma completa. Él le titula "Caminos para la Solidaridad" y le da el siguiente fundamento

teológico y social, "la solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de Dios uno y trino y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente los más necesitados". Se puede apreciar que la idea central de esta definición de solidaridad se muestra en la construcción de la comunión eterna al interior de la Divinidad Trinitaria y en la manifestación del amor incondicional de Dios para la humanidad, hecho visible en Jesús de Nazareth. En consecuencia, el amor cristiano exhibe su mayor expresividad en la búsqueda del bien de los otros, en particular, los más necesitados, esto es, en la formación de una comunión de servicio y reconocimiento del otro como hijo de Dios y por lo tanto, el bien de los otros implica la erradicación de cualquier injusticia y amenaza de la vida humana en cualquiera de sus etapas. La defensa de toda forma de vida, en especial, la vida humana deviene, entonces, el contenido inmediato de la solidaridad. Ser solidario significa, en suma, luchar para que todo ser humano alcance una calidad de vida cada vez más humana y no sólo aliviarle sus necesidades de aquí y ahora. En resumen, la palabra solidaridad, hemos intentado decirlo, resalta, para la mentalidad actual, componentes que el concepto de caridad había, progresivamente, ocultado.

2. La Solidaridad: Fundamentación ética

Una mirada panorámica de la cultura mundial y local actual deja entrever la certeza de la intuición de la cita inicial del P.T. de Chardin.

La humanidad lejos de encontrar fórmulas de convivencia en paz y justicia, ha mostrado una inusitada energía para la conquista y el avasallamiento de unos seres humanos

sobre otros. En efecto, el siglo XX, a la par de los avances científicos y tecnológicos extraordinarios que han abierto el sendero de nuevas expectativas para aliviar y mejorar cualquier forma de vida, ha dejado, tras de sí, una de las muestras de mayor sadismo y destrucción que jamás haya experimentado el ser humano en su corta vida planetaria. Los genocidios ocurridos en la antigua Unión Soviética, en el reinado hitleriano, en China, Camboya, África, América Latina...., son testimonios de una radical contradicción en la humanidad que fueron alimentados por ideologías y utopías terrenalistas que no condujeron más que ahondar el sufrimiento humano y cuyas secuelas tardarán mucho tiempo en sanar. El egoísmo individual y colectivo se posesionó de muchos seres humanos hasta el punto de contemplar en el otro no a un socio en el camino del progreso humano sino el enemigo a destruir. Los resultados están a la vista.

Las lecciones de nuestra reciente historia, sin embargo, no parecen haber calado en nuestras mentes; por el contrario, nuevas y sutiles formas de avasallamiento humano han comenzado a aparecer en la vida cotidiana de nuestros pueblos. Las nuevas armas de combate y opresión no tienen el poder mortífero para eliminarnos físicamente sino que llegan, mansamente, a nuestros hogares y desde allí, con nuestro beneplácito, conquistan nuestras mentes, las mentes de nuestros hijos e hijas y nos sumergen en un mundo de ilusiones y fantasías ajenos a nuestras realidades; pero, cuyos efectos se pueden apreciar todos los días: divorcios, agresiones de toda índole, drogas, alcoholismo, libertad sexual, consumismo, hedonismo, relativismo moral, modas, culto al cuerpo, etc. Sí, sin duda, los medios de comunicación, especialmente, la televisión y sus complementos son los nuevos amos de nuestras vidas. Somos teledirigidos y vamos, muy pronto, si no intensificamos los esfuerzos de la

solidaridad, a convertirnos en seres telemáticos, con lo cual, perdemos lo más propio y entrañable de la condición humana; nuestra sensibilidad y libertad. No quiero decir con lo descrito que los medios de comunicación, la televisión e internet en concreto, tengamos que erradicarlos y no permitirlos en nuestras casas como pretexto de no contaminarnos con sus mensajes y contenidos; de lo que se trata es de reorientarlos en un sentido tal que, la unilateral tendencia al consumo bajo cualquiera de sus manifestaciones icónicas, deje de ser la única meta que impulsa y mida sus programas. Si se asume una actitud solidaria entre los dueños de medios televisivos, productores, publicistas, canales de T.V., grandes compañías de internet y los estados nacionales en el sentido de buscar la promoción y el desarrollo humano y no el desmedido consumo, es posible minimizar el impacto tan nocivo que los mismos están desencadenando en nuestros países. Estamos inmersos, por ende, en una cultura de la antisolidaridad. La idea del "sálvese quien pueda" y a expensas de lo que sea, ha ido calando, subrepticamente, en nuestros corazones hasta hacernos casi insensibles a las necesidades y los derechos de los demás. La apropiación de los bienes públicos para beneficio personal, es un ejemplo entre muchos que se pueden espigar, de las maneras más comunes de la corrupción que permea, casi impunemente, todo el conglomerado social costarricense. Haber situado nuestro ego por encima de los otros, a quienes vemos más como una amenaza que como un apoyo, está convirtiendo la convivencia social en un campo de batalla cuya manifestación, más obvia, es el grado de desfachatez con que se ha ido incrementado la violencia social e individual. Urge, sin más, una perspectiva ética que nos guíe hacia una sociedad de la solidaridad y descalifique el darwinismo social salvaje que estamos experimentando. Se proponen a continuación algunas reflexiones en la línea de acuerpar unos principios

éticos que sustenten y le den un fundamento racional y teológico a la cultura de la solidaridad.

El principio ético rector es la consideración de la vida, especialmente, la vida humana como la norma primera y fundamental. La dignidad humana deviene, en consecuencia, el principio que hemos de respaldar en cualquier situación. Por encima de cualquier norma se encuentra la dignidad de la vida humana y desde luego, analógicamente que no unívocamente, las otras formas de vida que enriquecen nuestro mundo. Si la vida humana es el principio rector, un segundo principio es dotar a esta vida de todos los ingredientes necesarios para que alcance su máxima madurez. Tal cometido pasa por brindar las condiciones básicas para que todo ser humano, independientemente, de sus particularidades étnicas o personales, tenga la oportunidad de realizarse, lo más plenamente posible, en el contexto histórico y social que le haya tocado vivir. El tercer principio que fortalece los dos anteriores es el de la diferencia, es decir, ser diferente por razones de sexo, condición económica, etnia, religión, ideología política y otros, no debe ser una fuente de odio y enfrentamiento, sino de admiración, respeto, tolerancia y agradecimiento por esas riquezas de la multiculturalidad con que se muestra y prodiga la especie humana.

Un cuarto principio, al que nos adherimos quienes tenemos una firme convicción de la existencia de un Creador, es que la vida en general y por supuesto, la humana es el don máspreciado que hemos recibido y que se impone, por tanto, respetarla, cuidarla, dejar que sus potencialidades naturales y culturales coronen su máxima expresión posible y que se apague cuando las condiciones particulares para ello lo determinen. La solidaridad, en este sentido, no se origina en normas externas a nosotros mismos; nace de las

entrañas de nuestra propia condición humana, a saber, la necesidad primaria del otro como componente esencial, garantía y seguridad de la evolución de la vida individual y colectiva. Ninguna criatura es tan indefensa en sus primeros días y meses como el ser humano; ninguna necesita del auxilio y presencia constante de otros como nuestros recién nacidos; en fin, la calidad de la relación con esos otros determina, en gran medida, una maduración plena y satisfactoria. Somos, por esencia, seres sociales vale decir, solidarios (estamos soldados unos con los otros). Este nexo constituye la relación básica de los seres humanos: cada uno de nosotros reconoce su existencia gracias al otro, el ser mi mismo es posible porque primero fui fecundado, querido y nutrido por otros. Es, pues, esta primera comunión biológica y social la que marca la señal indeleble de la responsabilidad con los otros y la que nos abre al misterio de nuestros prójimos y de la vida humana. Nos humanizamos al calor de la presencia dinámica de otros humanos y por eso, tenemos el imperativo ético de salvaguardar, alimentar y perfeccionar la vida en sus más esplendorosas y recónditas manifestaciones. Los Derechos Humanos, en este sentido, no son más que una sistematización escrita de ese desafío del cual ningún ser humano ni colectividad puede considerarse exentos de cumplir. Con este documento se nos recuerda aquello de que “nada de lo humano nos es ajeno”. Ahora bien, si en la base de la convivencia humana está enquistada, biológica y culturalmente, la solidaridad; ¿por qué encontramos, todos los días, tantas demostraciones de injusticia en sus diferentes formas?, ¿por qué hemos ido fortaleciendo nuestro yo individual en detrimento de nuestra solidaridad original?, ¿por qué, en fin, hemos ido consolidando las fuerzas de la conquista y el avasallamiento en lugar de las de amor y la paz?. Honestamente, no encuentro que el fundamento racional ético de la dignidad y la solidaridad originaria de la

vida humana, como lo hemos esbozado, entrañe, por sí solo la energía necesaria para que los seres humanos cambiemos la dirección de nuestras actuaciones en beneficio de la convivencia pacífica, el respeto a las diferencias culturales y religiosas y la defensa de la vida humana desde que esta se enciende hasta que se apague. Pienso que tenemos que ir más allá en un acto de fe, si lo vemos teológicamente, o en una postulación metafísica, si lo vemos filosóficamente. Me explico: sólo en el horizonte de un fundamento fundante y por tanto, no fundado es que adquiere un sentido racional pleno de la solidaridad original de la vida humana, pues, la conciencia ética ya no será fruto de las necesidades coyunturales sino producto de un compromiso vital con lo trascendente que se otea en el horizonte primero y último del sentido histórico humano. Cuando nos atenemos, únicamente, a los datos fríos y cerrados del utilitarismo de la racionalidad, se abren portillos por doquier, que tienden a justificar la injusticia y el acoso de la integridad de la vida humana individual y social. En nombre de un purismo racial fueron cometidos los más atroces crímenes contra la humanidad en la Alemania nazi. En nombre de una concepción materialista de la historia se han cometido infinidad de injusticias que se pretendían, oh ironía, superar. En nombre de la utilidad y el rendimiento económico, multitud de seres humanos son arrojados, todos los días, a vivir en la miseria y la desesperanza. En nombre de un cerrado fundamentalismo religioso se han consumado crímenes implacables. Sin una confianza racional en un fundamento trascendente-inminente de la vida humana, por tanto, me parecen inalcanzables todos los ideales que, a diario, se forjan en los corazones de muchos seres humanos. Esta confianza racional en un principio absoluto funda, indubitablemente, la necesidad de consolidar, profundizar y ampliar la solidaridad, es decir, la comunión en la diversidad de todos los seres humanos, que

debe pasar por el rompimiento de las ataduras opresivas de toda índole, especialmente, la del ídolo de las tendencias globalizadoras actuales representadas por el dios dinero y el poder.

3. Educando en la Solidaridad

Las pistas de reflexión, planteadas con el propósito de caracterizar, muy esquemáticamente, el fundamento ético y teológico de la solidaridad humana, no dejan del todo claro que este cimiento no es más que una semilla que necesita ser cultivada, vigilada y sobre todo, desarrollada. En otras palabras, la solidaridad, aún sin tenerse conciencia de sus objetivos, se aprende o no, en el juego cotidiano de las relaciones grupales primarias y secundarias. Cuando en el grupo primario familiar se crea un clima de mutuo respeto y concordia que se refleja en la solución positiva de los inevitables conflictos por vía de la negociación y el diálogo, se están creando las condiciones para un sano y fecundo ejercicio de la solidaridad. Cuando, por el contrario, la práctica de las relaciones sociales se perfilan desde una posición irracional de fuerza ejercida por alguno(s) de sus componentes, el clima que se va cultivando es de una solapada agresividad y odio que nos aleja peligrosamente de la experiencia de la solidaridad humana. No es que quien haya tenido la vivencia de la antisolidaridad, esté, por eso mismo, condenado a percibir la sociedad como un tinglado en el que sobrevive el que pueda mostrar mayor fuerza o poder. El que la solidaridad esté inscrita en la interioridad de la experiencia primigenia de todos los humanos, hace que un ambiente extraño a la misma no la pueda extinguir para siempre. Por eso, en el corazón de todo ser humano está empotrada la necesidad de convivir con el otro, construirse y definirse desde el otro y gracias al otro. Ahora bien, en muy pocos hogares costarricenses

existe una idea clara de la formación en la solidaridad, pues, no hemos tenido un programa general formal que nos ilustre e invite a practicarlo en nuestras casas y en la vida en general. Necesitamos hoy más que nunca, en vista de los innumerables actos contrarios a la solidaridad, de una pedagogía de la solidaridad. La pretensión de hacer cambios radicales en nuestros sistemas sociales a fin de instaurar la justicia social en forma definitiva, lejos de solucionar los múltiples desequilibrios de la marginación social, ha radicalizado los procesos de exclusión social, como lo hemos dicho, a propósito de las ideologías de economía centralizada y de la economía de mercado, que es, actualmente, la dominante. Ante la imposición económica presente cuya tendencia es fortalecerse, se impone, también, una globalización de la solidaridad. En líneas anteriores se afirma que la vivencia de la solidaridad queda marcada inicialmente en la vivencia familiar y con ello queda, también, abierta la esperanza de su consolidación y profundización posterior. Se dijo, además, pero no se explicitó, que lo contrario puede ocurrir, es decir, que puede quedar marcada una tendencia hacia la solución violenta de los problemas por la reproducción de un modelo familiar autoritario e intolerante, que está presente, desafortunadamente, en los variados tipos de familia que hoy existen. Si a lo indicado en el párrafo anterior, le sumamos el contenido de sexo y violencia dominante en los programas de televisión y otros, amén de las condiciones de pobreza de una gran mayoría de personas; la tarea de sacar adelante una pedagogía de la solidaridad se torna inminente, aunque, su camino esté sembrado de grandes desafíos.

En el libro *La Educación encierra un tesoro* de la comisión Delors de la UNESCO, al otear los grandes retos que la educación debe enfrentar en este siglo, señala, entre los prioritarios, el “aprender a convivir”. Si la convivencia en

la mayor parte de nuestros grupos familiares se caracteriza más por los enfrentamientos personales y la acumulación de resentimientos y odios y si la convivencia social cotidiana, por otro lado, se ha convertido en un escenario de luchas, agresiones, inseguridades e irrespeto por la dignidad de la vida humana; el aprendizaje de la convivencia entre seres humanos deviene nuestra primera obligación como educadores. ¿Qué ganamos con coronar, exitosamente, innumerables conocimientos científicos y tecnológicos si no hemos aprendido a compartirlos y disfrutarlos en bien de todos los seres humanos? Nunca como ahora, la escuela, la institución formal de enseñanza y aprendizaje, tiene en sus manos una labor tan loable. En efecto, en vista de la descomposición de la vida familiar y social, a ella le corresponde cultivar las semillas de una sana y auténtica vivencia de la solidaridad. Nuestros niños y jóvenes deben descubrir en las escuelas que, aparte de los conocimientos tan necesarios, el respeto, la tolerancia y el diálogo son las mejores armas para solucionar aquellas querellas que, día a día, enfrentamos en el aula, el recreo, la casa, el barrio, etc. La experiencia de tener que ceder a nuestros puntos de vista en favor de otros puntos de vista mejor sustentados, de reconocer la labor más meritoria de parte de un grupo o compañero, de aceptar, con responsabilidad, la derrota en una justa electoral o deportiva, de hacer nuestros reclamos por las vías correctas y sobre todo, de luchar por mitigar cualquier forma de exteriorización de la injusticia y la discriminación; son acciones que permiten el aprendizaje de la convivencia, el ejercicio de la solidaridad y la ampliación de una conciencia social centrada en los derechos y deberes de la persona humana. Sin atisbo de la menor duda, el aprendizaje de la vivencia de la solidaridad se tiene que fortalecer y en muchos casos, construir en los recintos escolares. El siglo presente percibe como una verdadera amenaza la violencia que, en el siglo

recién terminado, alcanzó niveles de horror, como ya se dijo. No podemos seguir cultivando una cultura de la muerte, como la ha llamado Juan Pablo II. De ser así, las oportunidades de mejoramiento cualitativo de la especie humana se van a ver disminuidas sensiblemente. O nos lanzamos en la aventura esperanzadora de globalizar la solidaridad, es decir, la cultura por y para la vida, o dejamos que los enormes riesgos de una violencia cada vez más destructiva, que se ha enquistado en el seno de nuestros grupos primarios y en las más altas esferas de la vida social y política, nos lance por los despeñaderos de la autodestrucción. El siglo XXI nos va a plantear muy pronto la necesidad de compartir y repartir los recursos naturales en forma más equitativa. Los recursos hídricos, por ejemplo, podrían ser fuente de enfrentamientos entre pueblos y naciones, dada la merma que están experimentando en algunas zonas del planeta. Se va a necesitar, entonces, una clara y sensible conciencia solidaria planetaria y local para minimizar de una manera equilibrada y justa este enorme desafío que puede poner al borde de la desaparición a poblaciones enteras. La idea de compartir la riqueza y la escasez es un nuevo imperativo ético y educativo del cual nos habíamos alejado, quizás como una tendencia inconsciente de autoafirmación individual y colectiva, promovida por el temor de la conservación y defensa de nuestros bienes más preciados. El miedo a perder lo adquirido nos ha llevado a ver a los otros más como una amenaza que como un socio en los avatares de nuestra historia. Las nuevas circunstancias planetarias, a saber, de un lado, la abundancia de bienes alimentarios y de consumo gracias a la informatización de la tecnología y de otro, los lapidarios signos de deterioro de los recursos vitales para la vida en general en el planeta; nos ubican en una situación de privilegio para la práctica de una solidaridad que, al superar la beneficencia tradicional de la caridad, nos abra a la conciencia

de la totalidad y la unidad en la diversidad sin las cuales la pervivencia de nuestra especie estaría seriamente cuestionada. Cerrar, en esencia, las brechas y desequilibrios entre los seres humanos es la gran tarea de la solidaridad.

Esta solidaridad, como hemos manifestado, no es un producto automático e inconsciente, es el fruto de un aprendizaje sostenido y sistemático. La pedagogía de la solidaridad es, por tanto, el conjunto de medidas prácticas y teóricas que le permitan a los estudiantes (niños y jóvenes en especial) experimentar que los conflictos y dificultades que encaramos día a día en nuestros encuentros con los demás, pueden ser resueltos en el tanto que podamos aprender a dialogar, ceder, empujar y luchar por aquellos intereses que beneficien a la mayoría. Se trata, en definitiva, de aprender a combatir las fuertes tendencias de nuestro egoísmo para centrar en el otro el propósito principal de la convivencia social.